LADISLAO GRYCH

ABRE, SEÑOR,
NUESTROS CORAZONES ⁽¹³⁾

Las reflexiones alimentan el diálogo, buscan luz en un corazón pleno del Señor.

Vuelvo de Florida, del encuentro de Cónyuges; sigo con mi reflexión sobre el matrimonio cuando el mismo desea hallar las soluciones, y no sabe cómo volver a sus principios e iniciar un nuevo camino; son esas inquietudes para acompañar a las vidas, también, cuando les cuesta esforzarse aún más.

Mientras lo escribo, tengo presente una comunidad de familias que me ayudan a expresar lo que guardo en mi interior; quizás, el ensayo sirva para tantas otras familias.

PREFACIO

Luego de un Encuentro de Cónyuges, me parecía oportuno reflexionar sobre los temas que habíamos compartido.

El diálogo es importante en la comunidad, pero aún más, entre los esposos, pues las vivencias de los dos son de mucho valor; ellos deberían dedicar su tiempo para poder compartirlas, aún crecer mutuamente; es una tarea.

Si es que los esposos necesitan de cierto acompañamiento, a sus crisis los resuelven ellos, y nadie puede suplirlos.

Jesús viene e ilumina el camino por donde deben transitar, pero los dos ponen el empeño en las soluciones que van buscando; y Él les inspira para que las hallen.

Los esposos tienen ciertas perspectivas y las metas adonde apuntar, también para creer en un cambio posible.

Muchos testimonios aún expresan el resurgimiento entre los dos, parecen hablar de lo difícil pero posible; pues hay que creer en el cambio para saber esperarlo con paciencia, al presentir los pasos para llegar a un buen fin.

Si acompañamos a los hermanos, respetamos su tiempo; y en la medida en que los esposos crezcan espiritualmente, el diálogo encontrará su profundidad; en fin, los llevará a comprenderse, a amarse más aún.

Entonces, toda la realidad será distinta; lo que antes era un problema ya no lo es; será un nuevo tiempo para los dos.

1. CUANDO COMIENZA EL DIÁLOGO

a. ¿QUIÉN SABE ESPERAR?

¿Alguna vez, escucharon de un matrimonio tan conflictivo que culminó en la prisión?

Es que los dos llegaron a la cárcel; y como faltaba el lugar, los encerraron juntos por un tiempo.

Al comienzo, se quedaban mudos y los días pasaban; pero, acostumbrados a pelear, empezaron a hacer lo mismo.

Esa estadía fue dura para ellos, pero igual les ayudó, pues lograron lo que ellos no esperaban: a hablar como debían hacerlo y a reconciliarse.

Y todo fue por la falta de una celda.

Mientras surgen las posiciones que agravan las distancias, hay que dialogar hasta resolver el conflicto.

No podemos dejar que la realidad logre vencernos, pues abandonar el diálogo sería como cortar el hilo que une a las personas; ¿y qué quedaría para el tiempo que viene?

Pero hasta en esos casos, se puede recuperar el vínculo; no obstante, hay que poner el esfuerzo.

En muchos de los casos, la gran falta de comprensión con los hijos, nos sirve para ver otras necesidades.

Quizás, por un tiempo, no dábamos importancia a lo que ahora, aparece con claridad; pues la falta de diálogo entre los padres se transforma en las distancias con los hijos, multiplicándose, mientras la vida lleva lejos.

Un día, los dos se proponen sólo reprocharse; no obstante, aún en los reproches se inicia lo nuevo, si los dos tienen buena intención y buscan soluciones.

Por mucho tiempo, se elude los intentos del diálogo; hay vivencias que lo impiden, frenan y postergan, aún sin darle importancia: no creo que sea la cuestión de mala voluntad,

no obstante, la vida se lo cobra con creces.
Luego llega la hora de enfrentamientos; entonces, hay que hablar, a pesar de que nos cuesta decir una sola palabra.

Como hay experiencias que llevan a las discusiones; y si las mismas pesan, es muy difícil empezar lo diferente.
Es como si alguien rindiese mal los exámenes; y ahora, ve los fracasos, no espera otra cosa; pues, si le dan una buena nota, no cree que se la haya ganado, sino que más bien, la ve como un acto de compasión.
¡Qué difícil es comenzar en medio de las experiencias que influyen en las actitudes! No obstante, hay que hacerlo por el bien que nos espera.

Empezamos a dialogar y sabemos en qué terminamos.
Entonces, ¿para qué seguirlo, tan sólo para confirmar lo que guardamos en la mente?
Pero en estos casos, hay que superar el miedo para seguir dialogando; aún respetar la debilidad e intolerancias, pues mañana será otro día, quizás un poco mejor y la realidad será un poco más clara.
Ese tiempo nos hace bien, mientras no dejamos de hablar y de buscar la tranquilidad aún ante los silencios que dicen muchas cosas; y son para buscar las soluciones que vienen en algún momento esperado.

Si el diálogo quisiese imponer el modo de ver, y fuese tan sólo para transmitir las decisiones, ¿adónde nos llevaría?
¿Y quién aceptaría esta clase de actitud?
Pues debemos arriesgar y aún enfrentar otros modos.
No quiero decir que son mejores ni menos importantes; pero el diálogo respeta a la persona, su tiempo, su modo de comprensión. Si creemos ver la realidad, igual debemos dar la oportunidad para que el otro crezca, respetándolo.

El diálogo enriquece a los dos; si nos cuesta y parece un tiempo perdido, es porque no sabemos entregar el interior al servicio de la palabra.

No depende sólo de la persona que está con nosotros, sino más bien de nuestra apertura, y del modo de expresar las vivencias a través de la palabra que, en algún momento, debería ser como portadora de nuestro ser.

Pues si no lo fuese, llevaríamos el conflicto con nosotros mismos, al vivir la mentira frente a nuestra vida.

Cuando el diálogo impone su modo de pensar y de opinar, es porque aún no ha aprendido a vivir con lo que lleva el corazón que se expresa con serenidad.

Imponer al otro es aún atropellar, lo que por un tiempo es inevitable; pero habría que saber que la opresión da sus respuestas; se vuelve contra los que oprimen, toma nuevas formas imprevisibles que se vienen con creces.

Entonces, se hace aún más difícil hablar; pero igual, hay que seguirlo para no cortar el hilo.

El valor del diálogo será el fruto del esfuerzo; pues será el crecimiento ante la realidad, más aún, ante la persona; es el modo de vivir en medio de las dificultades y sorpresas; pues si no las hay, no hay crecimiento.

Somos nosotros los que debemos crecer, para que crezca la persona que está con nosotros.

No esperemos a que cambien los demás, antes de iniciar el cambio en nosotros.

b. AL BUSCAR EL PORQUÉ

No creo que haya que forzar el diálogo, pero hay que saber esperarlo; es que nos llega de algún modo, como todas las vivencias que deben venir; si no es de un modo pacífico, vendrá de otra manera, porque lo que está en el interior,

debe hallar su expresión. A veces, sin darnos cuenta, sin querer hacerlo, pero es cierto que lo que permanece en nosotros, encuentra su camino.

Si comprendiésemos todas las fuerzas que se despiertan en nuestro interior, no nos desesperaríamos tanto ante las actitudes que nos sorprenden, ante las palabras de dolor que se expresan como fuertes gestos y rebeldías; es que las actitudes están promovidas por lo que guardamos desde hace tiempo.

No es que siempre debiese ser así, pero por el momento, es un modo de desencadenar lo que uno había sufrido.

El ser humano desea abrirse de algún modo; es mejor que se abra como pueda hacerlo y posiblemente pacífico, pero habría que estar sereno frente a esas aperturas.

Quien lo descubre, evitará muchas penas y ayudará mejor, porque la serenidad ayuda, pero no la desesperación.

Cada expresión nos puede servir para analizarla y buscar el porqué. Siempre descubrimos lo nuevo que está como por detrás de la realidad. Ese análisis es provechoso, si es sincero ante nosotros mismos y sabemos aceptar lo que seguimos descubriendo, al brindarnos para asumir aún los caprichos, cuando no sabemos hacer otra cosa.

El crecimiento viene en medio de un camino que debemos recorrer, para conocernos cada día mejor, esperando los cambios que necesitamos vivir.

El diálogo, con el tiempo, se transforma en escuchar al que está ante nosotros y en escucharnos a nosotros mismos; y con esta actitud vamos buscando el sentido interior de la expresión humana.

Muchas de las expresiones no tienen tiempo para crecer de modo pacífico, sino que vienen como tormentas, y renacen entre las penas; por eso, es difícil hallar un modo que

fuese coherente y medido.

Vienen las palabras que son como piedras que se deslizan de la montaña; ¿quién las puede manejar?; y luego uno se pregunta: ¿por qué hablé tanto, de ese modo?

Volver a escucharse es bueno, a pesar de que, al principio, nos lleva a las culpas por las cosas que no quisimos hacer.

A la experiencia del diálogo la llevamos de las vivencias con los padres y los hermanos; son las que influye mucho en el transcurso de la vida; a muchas de las vivencias no las pudimos expresar; nos acostumbramos a vivir sin sentir la necesidad de compartirlas; y en fin, nos daba lo mismo compartirlas o no. Llegamos a convencernos de que nadie nos escucha y que a nadie le importan nuestras vivencias, las vivimos para nosotros; luego renace la inseguridad, nos cuesta expresarnos, aún nos sentimos trabados.

Ahora, para abrirnos, habría que darnos un tiempo; y todo vendría luego de superar la realidad que, de algún modo, nos condiciona.

¡Cuántas veces en la niñez nadie nos daba importancia!

¿A quién le importaban las cosas de chicos, si fueron tan infantiles?; de ese modo crecimos, para lograr vernos muy acomplejados, con la convicción de que lo nuestro no tenía ningún valor. Hasta tuvimos vergüenza, no nos atrevíamos a preguntar a nadie; ahora, ya siendo grandes, lo debemos reconocer, pero sin la necesidad de sentirnos inferiores ni vernos mal, sino para asumir lo que habíamos pasado, si es que queremos salir de la realidad que nos encierra.

Pues asumir es aceptar en paz; es creer en el cambio, pero sin desesperarnos, si el cambio aún no viene.

Nos quedan el miedo, la vergüenza y la convicción de que lo nuestro no tiene importancia; y si lo creemos de veras, la convicción nos lleva por un mal camino, porque nos encerramos en medio de la realidad y ponemos obstáculos:

en fin, nos convencemos de que a nadie le importa nuestra vida; aún, no permitimos a que alguien nos ayude; son las vivencias que influyen y condicionan.

Los temas no resueltos en el tiempo de la infancia y de la juventud, se proyectan como agravados, aún más difíciles para resolverlos. Se manifiestan de modos imprevisibles e insospechables; pues no sabemos nada de la relación entre la realidad que habíamos pasado y lo que vivimos. Pero al descubrir los hilos que unen las vivencias, nos atrevemos a hablar, y la realidad se suelta. Además, luego de hablar en paz, la realidad tiene otro sentido, no está tan pesada; pues hemos crecido ante la vida, y ese crecimiento nos da cierta madurez para poder enfrentarla como es.

Tenemos imágenes de las personas, de los diálogos buenos y malos; con ellos, proyectamos nuevas vivencias.

Con frecuencia, repetimos las imágenes que se graban en medio de la formación y de los valores; y a veces, cuando nos descubrimos, preguntamos: ¿dónde estamos?; ¿somos nosotros o las personas que nos formaron?

Las imágenes, una vez ayudan a expresarnos, otras veces nos encierran; entonces, ¿están por nuestra identidad o son los que desfiguran nuestra personalidad afectada?

A veces, el diálogo empieza como un parto, apenas abre un pequeño espacio; luego hay que esperar y no apurarse para no herir, porque las vivencias deben madurar.

Hay que ver el diálogo como sagrado; entonces, con el tiempo, surgen la apertura y la confianza; a todo eso hay que ganar, no viene gratis. Si cuesta ganarse la confianza, se la valora más aún; sin embargo, se la lleva en un jarro de barro, y hay que cuidar a la confianza y al jarro.

2. LOS DOS TENDRÁN BUENA VOLUNTAD

a. A VENCER LA CULPA

Comúnmente, deseamos dialogar luego de la crisis que nos viene como de sorpresa. Y con la crisis es como con la enfermedad; sus síntomas se anticipan, pero no les damos importancia; pues si nos detuviésemos, descubriríamos los avisos de esa realidad que nos hace sufrir.

El ser humano debe sentirse golpeado, para que crea que sus problemas son serios.

La primera reacción ante la crisis nos lleva a la culpa; no obstante, al culparnos no resolvemos nada, sino cortamos el diálogo y nos encerramos más aún en los pensamientos que nos trastornan e impiden el proceso de un cambio.

Aún, la culpabilidad se transforma en cierta enfermedad del alma; al liberarnos de una culpa, aparecen nuevas para seguir sufriendolas.

En el principio, a la culpabilidad la calmamos, al confiar en el Señor, y que Él nos perdona; con el tiempo, nos llega la luz que nos permite ver mejor la realidad; y nos damos cuenta de que nos culpamos de los hechos donde no había tanta maldad de nuestra parte; aún, descubrimos que no quisimos castigar a nadie con nuestra actitud.

Es que empezamos a mirar a la realidad promovidos por la gracia, no tan presionados ni tan castigados; pero aún nos cuesta comprendernos. Es que la debilidad es compleja; no obstante, al verla con la luz del Señor, tenemos fuerza para actuar de modo correcto.

La culpa se confunde con los miedos y tristezas que nos trastornan; y como no tenemos paz, todo se ve oscuro.

Cuando nos asaltan las culpas, nos queda seguir orando; y de ese modo, el Señor nos permite lograr cierta calma para

enfrentar nuevas tormentas.

Al dejar de culparnos, nuestra realidad se pondría distinta; entonces, es urgente que cortemos con la culpabilidad para poder salir del conflicto.

Es cierto que en la familia sabemos aprovecharnos de las debilidades, nos herimos por lo más frágil; si uno se culpa, el otro agrega el aceite al fuego, para llevar la culpa a una convicción casi imborrable.

Es difícil salvarse de las culpas; no obstante, es imposible recuperar los valores, si nos sentimos culpables en lo más hondo de nuestro ser. Por eso, al decir: "no te culpes más", es lo más sano que podemos hacer, abriendo el camino de la reconciliación.

Los culpables, aún sin darse cuenta, culpan a los demás; y creen que tienen razón, pero es sólo según ellos; como no saben enfrentar la realidad, prefieren echar la culpa al otro; y lo hacen con crueldad.

Entonces, ¡cuánto se complican las vidas!; ¡y cuánto más, destruyen lo que comparten entre los dos!

Pero al darse cuenta de su actitud, ¿saben volver aún sin sentirse humillados, si se quedan sin defensas?

En la profundidad de nuestro ser, hay muchas vivencias no perdonadas que condicionan el presente; por eso, hay que tener paciencia y saber que cada uno da lo que puede dar; si por hoy, no puede dar más, hay que esperar, y ver el dolor y las guerras que se sufren.

Entre los dos, hay un gran esfuerzo por el bien; si no se lo ve, no significa que no haya buena voluntad; lo que pasa es que las vidas son tan complejas y misteriosas.

Cada día, nos sorprendemos con algo nuevo que podría ser una nueva gracia del Señor.

El análisis de nuestra culpabilidad nos ayuda a descubrir las vivencias en nuestro interior, las que nos iban llevando a esa clase de las crisis. Esas vivencias perturban nuestras actitudes, crean un fuerte hábito para enredarnos más aún. Si hoy lo vemos, en medio de esa visión se crea una nueva fuerza, si sabemos mirarla en paz, para vencer los miedos y las angustias; y cuando se van resolviendo los conflictos, se calma el corazón, al encontrar lo que busca.

La crisis llega porque no hemos dado importancia a ciertos avisos, a las cosas que nos han pasado; y como la vida es justa, las consecuencias son claras.

¿A quién se podría culpar en esos casos?; pues sería para enredarnos en medio de las confusiones, en el tiempo que podría agravar la crisis. Ahora, en lugar de reprocharnos, hay que construir y creer que se puede lograr algo mejor.

Las crisis siempre desesperan; nos encontramos con lo que parece insuperable; si por algún tiempo, hemos visto una solución, pronto se disipa la esperanza; y si nos apuramos, nos damos cuenta que las nuevas vivencias tienen un ritmo distinto de lo que esperamos.

Los arranques y apuros son señales de buena voluntad; no obstante, nos desgastan y luego, se hace difícil iniciar una vez más. Hay que poner mucho esfuerzo, aún más de lo que pusimos al comienzo; pues el esfuerzo dará sus frutos insospechables.

b. AL VER SU PROPIA CRISIS

Es más fácil ver la crisis en otros que en nosotros mismos, porque la realidad no es tan simple.

Me atrevo a decir que donde viven dos personas, la crisis es compartida, pues, la misma tiene distintas expresiones; no todo lo que se expresa exteriormente, es lo más grave;

aún hay otras realidades que son fuertes, pero se esconden, se disfrazan y por un tiempo, logran hacerlo; no obstante, algún día, la vida se pone pesada; ¿y qué hacer entonces?

Existen las similitudes; es que, si los esposos están juntos por lo que los une, también llevan sus debilidades que se transforman en ciertas crisis, si no las resuelven a tiempo. Las crisis son como consecuencias de la vida en común; y los dos colaboran aún, inconscientemente, para una nueva realidad que luego les sorprende. Entonces, si pudiesen ver su propio camino, encontrarían explicaciones de lo que les pasa ahora; con tan sólo ver su parte en la crisis que están padeciendo, cambiarían el modo de hablar.

Es cierto que a muchas actitudes no las tomamos en serio; no nos parecen importantes ni que influyen tanto; y luego se ven los frutos.

Hubo alguien que se abusaba de bebidas alcohólicas y su señora le hablaba de la separación; como ella lo repetía con frecuencia, él no lo tomaba en serio, pero una vez, al volver a su casa, encontró una carta sobre la mesa; recién entonces, se dio cuenta de que era cierto.

En ese caso, por lo menos, terminó con lo positivo: él dejó de tomar, no quiso que la bebida superase los valores; pero su señora no volvió.

Hay medidas de tolerancia; pero algún día, una gota demás rebalsa el vaso; podría ser pequeña, pero sobra igual; así es con la palabra, con los gestos; es que, hay un modo de aguantarlos por un tiempo, porque nadie es de hierro.

¿Por qué somos tan difíciles, crueles e intolerantes?

Alguna vez, debemos descubrirlo; y no basta tan sólo con descubrirlo, sino viene el tiempo para ir superándonos, en la hora de la gracia del Señor.

Las posturas de imponer, de forzar, por un tiempo sirven; es que actuamos como los chicos que aún no se atreven a enfrentar a sus padres; pero un nuevo día, los conflictos se vuelven con mucha fuerza, llenos de rencores, de odios, de resentimientos.

¿Es posible reconstruir bien la realidad perdida?; creo que sí; pero es difícil cambiar las posturas y el tiempo es largo; y si estamos con la razón, ¿quién nos abrirá los ojos?; pues a veces, mientras es claro para los demás, nos quedamos con nuestra razón.

Hay que saber escuchar; si nos parece que nos hablan sin sentido, hay que analizar igual lo que nos dicen; no es que abandonemos el modo de pensar, pero sí que tengamos en cuenta lo que nos dicen. Es que no nos dicen tan sólo para reprocharnos ni herirnos, sino que hay cierta preocupación e interés por el bien de los dos.

Los dos deben ayudarse para poder ver su realidad, aún responder como saben hacerlo; porque, si no la tomasen en serio, la misma realidad no se quedaría en el mismo lugar.

Hasta en las posturas que son fuertes, en los gritos y otras exigencias, hay que ver la buena voluntad que suele estar disfrazada de impotencia, de inseguridad, de celos, de una visión que no siempre es correcta.

Hay que buscar la buena intención y sentirla aún en medio del egoísmo que sería un conflicto más; es que es parte de los dos; está en medio de la realidad que algún día podría ser superada; hay que creer que viene el tiempo para poder superarla, si los dos se lo proponen.

La buena voluntad es parte de uno mismo; es que yo debo empezar y cuando ya lo hago, no sé si es el mismo tiempo para quien está a mi lado; pues, él tendría su tiempo, debo esperarlo, ser paciente. A veces, me equivoco, al exigirle cosas que él no puede dar; si no soy paciente, la exigencia

se transforma en una agresión que perturba.

Es que, para toda la realidad aún se podría ir buscando la solución en la familia, cuando nos damos el espacio que se precisa, y comenzamos por nosotros.

Muchas veces, intentábamos resolver nuestros problemas, buscábamos cómo salir de ellos, hicimos ciertas promesas, pero todo sigue igual; pues no sabemos resolver las crisis ni encontrar nuevas fuerzas.

Parece que la vida está más allá de los deseos y búsquedas, es la que sobrepasa nuestras posibilidades; y si aún vamos volviendo a la realidad, es para empezar de nuevo a buscar luz y paz; es que toda la realidad es muy honda, en medio de las profundas crisis.

¡Qué difícil es comenzar de nuevo!

¿Quién me da nuevas fuerzas para empezar una vez más?

¿Quién me da luz para creer en el cambio, las fuerzas para esperar y creer en quien está a mi lado?

¿Y cómo creer, si él no cree en sí mismo?

Si aún no sabe cambiar, busca su justificación lejos de sí mismo; entonces, ¿qué hacer ahora?; no obstante, hay que empezar de nuevo a confiar en el cambio, y dar el tiempo para el corazón, pues si cambia el corazón, cambia todo.

3. HAY QUE COMPRENDER TODO

a. AL HABLAR DE LO QUE DUELE

Se practica con cierta frecuencia la visita a los sicólogos, a veces, por los hijos que sufren conflictos; se propone a los padres las entrevistas; cuando las crisis son fuertes, por lo menos, uno de ellos empieza a hablar del problema.

¿Qué son esas entrevistas?; creo que lo más importante es que empecemos a hablar; luego de un largo tiempo de no compartir con nadie, nos atrevemos a hacerlo frente a un profesional; nos damos cuenta de que nos hace bien y aún sentimos cierto alivio; pues hay alguien que nos escucha con atención, y nos deja hablar con cierta libertad.

Con sólo hablar, soltamos lo que nos duele y persigue.

Muchas veces, quien vuelve a su casa, quiere hablar de la realidad que había vivido en el trabajo; y al prestarle algún tiempo, le ayudamos con tan sólo escucharlo.

No es que busquemos claras soluciones; pues, a veces, ni siquiera se las precisan, sino necesitamos ser escuchados.

En esa atención, nace la comprensión; y si hay un poco de actitud compasiva, es casi todo lo que esperamos.

¡Cuántas veces, cuando alguien habla de lo suyo, casi no lo atendemos!

No sé si hay maldad en esa actitud, creería que no; pero para poder corregirla, habría que ver esa desatención y aún sorprendernos de ella; es que por alguna vivencia que es nuestra, nos cuesta atender con respeto.

¿quizás, habíamos sufrido por lo mismo, y por eso, nos hicimos insensibles e indiferentes?

Si somos pacientes y nos aceptamos como somos, con sólo vernos, empezamos a cambiar; y es bueno que alguien nos advierta lo que nosotros no sabemos ver.

Mientras maduramos interiormente, no hay tanta urgencia para hablar sobre nuestra vida; si es que seguimos abiertos para poder compartirla, no sentimos tanta dependencia.

Analizamos ciertas actitudes de las personas que divulgan y hablan de los demás; vemos que, en muchos casos, son las que no tienen suficiente serenidad interior y, por eso, se descargan; es la inquietud interior que les lleva a hablar; es que no están en paz consigo mismos, no saben guardar el silencio.

Con tan sólo hablar, si aún estamos con la persona que nos comprende, empezamos a mirar de otra manera; las cosas se ponen distintas y hay una nueva luz que nos permite ver mejor. Muchas de las realidades que nos parecían trágicas, ya no las vemos así; pues la comprensión nos calma, y al mirar la realidad serenamente, tenemos fuerzas para poder resolverla.

Pero, ¿qué hacer cuando nos encontramos con el reproche, con el castigo?; ¿hay algún sentido para hablar?; y en ese caso, ¿debemos culparnos si no compartimos nuestra vida? En fin, lo que más vale, es buscar la serenidad frente a los hechos que pasan por nuestro corazón.

La gente va a los psicólogos, porque no sabe hablar de otro modo; prefiere encontrarse con un profesional que tiene su manera de ver la realidad; es la gente que busca el diálogo, la comprensión y la reconciliación.

¿Por qué aún no hallamos soluciones?; porque nos cuesta sentir que el ambiente nos ama, comprende y respeta.

No obstante, al volver a la casa, a las raíces, aún debemos pasar guerras hasta que nos enfrentemos en paz en medio de nuestra realidad; y si no lo logramos, pasamos por una nueva confusión.

A veces, nos retiramos del ambiente por las vivencias que nos pesan; pero igual, aún debemos resolver las crisis que

llevamos por dentro de nuestro ser.

La explicación que nos da la ciencia, a veces fríamente, es poca cosa, si la comparamos con la comprensión que viene con la paz y con el amor. No obstante, la paz y el amor no siempre son transparentes ni estamos abiertos para verlos. Frecuentemente, mientras los esposos dialogan, aún se dan cuenta de los valores y de los sentimientos.

Hay que crecer en el amor y la paz para ayudar a resurgir a quien está en nuestra vida; pero, ¿quién lo ve antes de iniciar ese camino?

El clima de la comprensión aún llega al ser humano, que comienza a hablar sin forzarlo ni exigirle; a veces, es tanta la necesidad de verse comprendido que, al presentir que alguien podría entendernos, empezamos a abrirnos; pero si nos damos cuenta de que fue una ilusión, nos encerramos; no obstante, nos urge la desesperación para decir lo que llevamos en el interior, que brota por todas partes.

Si bien, la comprensión viene de los que nos ayudan, en fin, buscamos la más profunda que nace en el Señor; y es la que pasa por los hermanos para llegar a nosotros. Ellos no son perfectos, pero están para que encontremos al Señor, quien nos permite vernos, aceptarnos y querernos. Debemos lograr comprendernos, para que la vida se haga comprensible, a pesar de que pasa por muchas crisis. Entonces, la misma está envuelta en paz.

Solemos decir que nadie nos entiende; pero de veras, ¿nos comprendemos a nosotros mismos?

En esa lucha que nos viene, crecemos día tras día.

Es importante la presencia del Señor para que, algún día, logremos comprendernos; pero si en medio de los esposos, en lo profundo de sus vivencias, no está Él, ellos no logran

verse plenamente, sino que se conforman con las migajas que caen de la mesa del Señor; y mientras las toman, les parece que reciben la plena comprensión; no obstante, la vida es la que averigua y dará su respuesta.

b. ESPERANDO LA COMPRENSIÓN

La comprensión crece como muchas cosas en la vida, y no hay que apurar los pasos.

Quien, por lo menos, no intenta comprender a su hermano, es mejor que no inicie el diálogo, pues sólo con la buena predisposición es posible compartir y crecer.

Si decimos que ya lo comprendemos, todavía exageramos, pues mañana tendremos sorpresas, y así será por mucho tiempo, parece que por siempre.

Debemos crecer comprendiéndonos, mientras que la vida nos compromete; si queremos vivir felices, luchemos por la comprensión, como se buscan el agua y el aire.

No nos dejemos llevar por la rutina, porque nos sorprende; porque, algún día, podríamos darnos cuenta de que apenas nos conocemos, y sería desesperante vivir la sensación de frustraciones.

Entonces, sigamos buscando la comprensión como el agua y el aire.

El hombre, con la edad que lleva, suele respirar cada día peor; su vida se encierra, se agita y, en cierto sentido, se le escapa; pero no se le puede esfumar la comprensión de la realidad; pues tan sólo con la plena luz, halla el rumbo que no lo separa del mundo ni de la gente.

Qué triste es ver a los que han pasado juntos toda su vida, y hoy llegan a ser extraños y encerrados en sí mismos.

¿Por qué la vida los llevó por ese camino?

Porque no es fácil comprendernos a nosotros, ni a los que comparten nuestra vida; para lograrlo, hay que crecer cada día, ir liberándonos del egoísmo, de las pequeñas visiones que nos condicionan y encierran.

Nuestra vida es como un filtro por donde pasa luz que, con frecuencia, se queda condicionada.

Vivir en el clima donde no se comprenden, lleva a la crisis muy compleja; y donde no hay respeto, aún se mantiene la intolerancia.

La luz nos lleva a aceptar, a recibir a la persona, ya sin desesperarnos por el cambio; y es el modo para superar la crisis.

¡Cuánto tiempo esperar hasta que el corazón cambie!

Mientras tanto, ¡cuántas cosas pasan!

Pues, el corazón debe vivir en un clima favorable; precisa respeto, paciencia, amor y paz.

Quien se abre en su interior, es porque busca el cambio.

No es un tiempo para reprochar; no sirve ni resuelve nada.

Si hay algo que sirve, es el dolor compartido que debemos llevar hasta que la vida se halle.

Las superaciones nos asombran, pero aún suelen tardar y llevan por el camino de guerras y de tormentas.

Y el sol aparecerá cuando llegue su turno.

Quien se siente comprendido, se ve amado.

El amor envuelve el corazón; es como la venda que no se pega a las heridas y ahora, las mismas ya no sangran, al contrario, hay alivio y cierta paz.

¡Qué importante sería sentirnos muy amados en medio del dolor, de la duda, de la confusión!

¡Y cómo el amor gana el corazón en la hora de oscuridad, de pena y de culpas!

Hay que ver que con el amor salvamos todo.

"El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante. No actúa con bajeza, ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que se olvida las ofensas y perdona. Nunca se alegra de algo injusto y siempre le agrada la verdad. El amor disculpa todo; todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta". 1 Co 13,4-7

El Amor de Jesús sostiene a la familia, mientras Él sigue alimentándola; a la vez, el amor pasa por las pruebas y las luchas, las que debemos asumir pacientemente.

No piensen que cuando los sentimientos se mezclan con la tristeza, con las penas y culpas, se ha gastado el amor; aún hay que vencer los obstáculos que vienen.

Si los comprendemos, podemos salir fortalecidos.

Leí un cuento judío que habla del matrimonio.

Al festejar sus 25 años, él le pregunta si lo ama.

Ella le hace esperar un momento, luego le contesta: los días que te he acompañado, he cocinado, he lavado ropas, he planchado, ¿qué es esto, no sería el amor?

Los sentimientos ayudan a entregarse cada día.

La vida suele ser difícil; pero por eso, no pierde nada de su valor, al contrario, aún más sacrificada, con sus entregas, va construyendo el amor.

Pero, ¡qué difícil se pone, al abandonar la comprensión!

4. HAY COSAS QUE QUEDAN SÓLO PARA ACEPTARLAS

a. ACEPTÁNDOSE MÚTUAMENTE

¡Cómo me cuesta aceptar la realidad de mi vida!
Me duele, me asusta; si la quiero olvidar, vuelve como las moscas; la rechazo, y ella insiste más aún.
¿Qué voy a hacer?; así sigo viviendo y sufro.

Aquella realidad es como el cadáver; no obstante, está en mí y me siento cansado.
Hoy, llevo mi peso y no sé liberarme de mis vivencias; tampoco creo que lo deba hacer.
Entonces, sigo mi camino cada día más triste.

¡Cuánto tiempo voy caminando con mi pasado!
En aquel instante, fue como si una semilla cayese en mí.
¿Por qué en mi tierra, por qué en aquel entonces?
Casi no lo comprendo; en medio de las huellas de mi tierra fría, surgió un brote, robusteciéndose, para cubrir mi vida.
Hoy, me veo inundado; la vida me ahoga.
Quiero seguir adelante y luchar por lo que debo vivir; pero mi pasado me envuelve y quiebra mis fuerzas.

Antes, venían los recuerdos, aún como relámpagos en los horizontes, lejos; los tenía en cuenta, mientras mi mente y mi corazón intentaban seguir huyendo del pasado; parece que huía de mí mismo, llenándome de lo nuevo.
Pero los relámpagos se aproximan, se escuchan los truenos y yo, con mi guerra; mi tierra se mueve y tiembla mi casa.

Alguien me dice que estoy triste.
No lo sabía; me parecía que debía ser así.
Aún miro mi cara y mis ojos apagados; ¿y cómo no estar triste ante mi vida que me pesa?; se ha hecho como un

árbol frondoso, no deseado, la llevo como una cruz.
La tristeza me envuelve: mis días son oscuros, las noches
sin dormir, mientras estoy con mi dolor.

¿Hasta dónde puedo seguir, encontraré las fuerzas?
¿Quién me comprendería?
Si dice que quiere ayudarme, ¿sería cierto?
¿Por qué quiere ayudarme, si no lo merezco?
¿Por qué me dice que no me culpe?
¿Tendría motivos para hablarme así, o es una expresión de
piedad frente a mi vida?

Y me dice que cuando el Señor obra, son justas la piedad y
la compasión; que he pagado con el dolor, penas y culpas;
por eso, hay cierta justicia dentro de lo que me pasa.
Me hace ver que, si no me perdono a mí mismo, jamás me
desprendo del pasado; si no me perdono ni me acepto, yo
mismo voy a buscar otras cosas aún más difíciles, al entrar
en un círculo de las realidades aún más pesadas.
Eso me dice, y no veo nada; no obstante, su voz confiable
llega a mi corazón; aún, envuelta en paz y serenidad, toca
tiernamente mi dolor, mis culpas; por eso, la escucho, pero
no tengo fuerzas para perdonarme.

Si supieras qué sería de tu vida, al perdonarte de corazón,
buscarías entregarla a Jesús, con toda la fuerza de tu ser, y
para no seguir con lo que llevas en tu interior, buscarías a
Él, que te diese luz para perdonarte. Es que solo no puedes
hacer nada; sólo podrías razonar sobre el perdón, pero con
tu modo de pensar diferente del pensamiento del Señor.
Todavía no sabes liberarte, porque tus culpas y tus miedos
trastornan tu corazón y tu mente, y no sabes salir de ellas.
Deja todo al Señor; que tu confianza te permita dejarlo en
sus manos, con todas tus fuerzas y con todo tu corazón.

Luego, debes esperar como un niño que vuelve a buscar la ternura y la paz, llorando por largos ratos, hasta que salgan la última pena y la tristeza de tu corazón, y que se calme el pasado, mientras vas volviendo a cada rato a lo de antes. Todo lleva su tiempo, mientras cambia tu corazón, pues la gracia del perdón logra ser tan fuerte que te supera. Parece que no hay otra realidad más fuerte que esa gracia.

Aún, pasa un largo tiempo, hasta que todas las vivencias se transformen en una gracia que dé vida al pasado, y ése no pese más, mientras que la paz y la ternura del Señor envuelvan la vida, y ella se haga diferente.

El tiempo y la vida serán una gran gracia; los días de dolor serán un recuerdo saludable; las culpas se harán como un rosario de gratitud.

El Amor es más grande que la vida; y pensar que nos llega por medio de los hombres que nos aproximan al Señor, con su paz y su ternura.

b. AL ABRIRSE AL AMOR

La persona que no se acepta, no se ama y justamente, por no saber amarse, no se abre para cambiar su vida.

¿A cuántos de nosotros no nos gusta nuestra cara, el modo de caminar, la voz?; son pequeñas señales de las vivencias aún no asumidas, que podemos analizar, pues algún día, debemos aceptarlas en toda nuestra persona.

Debemos aceptar los fracasos y las debilidades, y en algún sentido, amigarnos con ellos como con las heridas que hay que tocar con mucha ternura; es un modo que nos sirve en los cambios que conmueven la vida, para superarnos.

Alguien puede preguntar, ¿cómo actuar frente a la persona que actúa mal?; tan sólo amarla con el amor que la acepta, mientras le damos tiempo para que cambie.

La persona no se acepta, porque en su interior aún sufre un conflicto, el que le impide amarse a sí misma; diría que hay cierta crisis en el amor.

Comúnmente, aquellos que no se aman, se desesperan por que alguien los quiera, antes de que descubran su carencia y empiecen a buscar el porqué; entonces buscan sus raíces, y es común que vuelvan a sus padres, para comprenderlos y aceptarlos y aún, aceptarse a sí mismos, cuando la vida se nutre en la fuente; en fin, al sentirnos muy queridos, se despierta la gracia en nosotros, para poder reconciliarnos.

Solemos ver las penas y culpas como esas vivencias donde falta el amor; pero en fin la vida se halla, al descubrir el amor en su corazón; es que la misma persona debe lograr amarse; no puede esperar definitivamente un amor sano, si no surge de su corazón que ama; ese amor le ofrece cierta libertad en el crecimiento y en sus actitudes.

No se asusten de mis expresiones: es cierto que, al aceptar la realidad, nos ayudamos mucho, nos ahorramos un largo camino de dolor, de dudas, de miedos. Pero más allá de la realidad, está la lucha por entregar lo mejor que podemos dar; entonces, ¿por qué no queremos conocernos mejor?
¿Y por qué no aceptarnos a nosotros mismos, si nos sirve para que la entrega sea más generosa, más feliz?

Les doy el ejemplo de un niño que no se siente querido; a veces, golpea la puerta de nuestra casa para pedir pan. Si tratamos de acogerlo y expresarle nuestro cariño, ¿cómo se pega el niño!; y se confunde, antes de que maduren sus sentimientos que deben pasar por las reconciliaciones con sus propios ambientes; y lo mismo pasa a los grandes. Pero el niño se entrega; quizás no ve los peligros, mientras que los mayores presienten adónde lleva la ternura, por más respetuosa que fuese, y cuánta confusión despierta en

el corazón; no obstante, a los miedos aún hay que pasarlos hasta que Jesús sane el corazón y nos amemos de veras.

Aceptamos a la persona y tratamos de comprenderla. Los que no se aceptan, no se renuevan en su interior; es que no asumen la regla de los cambios; en algunos casos, podríamos esperar algún cambio forzado que exigiría de la persona, pero sin darle la oportunidad que resurgiese en su interior; además, el proceso del corazón es lento.

Aún, las cosas difíciles deben ser aceptadas, luego de las luchas, y de idas y vueltas que pasamos, pues no hay otro camino que fuese sensato, para poder resolver la crisis en la familia, que aceptar la realidad. La aceptación no tiene nada de indiferencia ni quiere decir que los hechos ocurridos no importan; pero es aún brindar la confianza, es dar la libertad, y el tiempo para ayudar de corazón.

A las vivencias que al principio no las aceptábamos, ahora las vemos como una riqueza, un crecimiento; es que no somos iguales ni pensamos igual de lo que compartimos; pero debemos resolverlo con mayor respeto. Es que todo se proyecta como una gran riqueza; mientras las vivencias se complementan, hay armonía, hay vida.

No tengas miedo de conocerte mejor, de ver tu debilidad, tu carencia. Si no los quieres ver, te castigan igual, como un ladrón o como un guerrero que te asalta de sorpresa. Algún día, te aceptarás, hasta te sonreirás, y comenzarás el camino que te llevará a la paz, a la libertad de tu corazón.

5. ES AYUDAR Y ACEPTAR AYUDA

a. HACIA LA ENTREGA

Pues servir es una verdadera necesidad del corazón.

Si socorremos a la persona que encontramos en el camino, a un desconocido en la ruta, cuánto más queremos ayudar a los seres amados.

Sin ninguna duda, el corazón se despierta temprano para ofrecernos en la familia, donde hay un fuego en común, y la mesa compartida.

No obstante, es como más fácil valorar la ayuda en el caso de los ajenos, aún, se presiente más el agradecimiento.

Los hijos no suelen dar gracias todos los días; y no saben agradecer por un plato limpio, ni por la comida con sabor.

Nos acostumbramos a vivir como si debiese ser así, como si debiésemos cumplir y a nadie le debiésemos nada.

Me contaron de una señora que invitaba a comer, porque esperaba a que alguien le dijese alguna palabra de gratitud por las comidas hechas, y los platos sobre la mesa.

¿Cuánto vale cada palabra de acompañamiento, cuando los chicos estudian las materias que les aburren?

Y los mayores también, tienen sus días de cansancio y de rutina; pero, ¿quién lo ve?

¿Y por qué no logra verlo; ¿serían sólo malas intenciones?

El agradecimiento suele ser muy escaso, casi perdido; aún vivimos sin ver ni responder por lo que nos entregan.

Luego nos preguntamos si nos amamos, pero hay cosas cotidianas que hablan por sí mismas.

El agradecimiento resurge del corazón que es sensible ante los hechos que le llegan; si se abre cada día, hay que estar atento para responderle; quien no atiende ese movimiento, es como si abandonase la fuente de un pozo de agua.

Mañana se va el agua o se pudre; no la podemos usar más; se queda el pozo para las víboras que intuyen la corriente del agua en el suelo.

Al servir, acompañamos a la expresión más profunda del corazón, en su gran apertura en el interior; pues aún espera abrirse con el bien que guarda.

A veces, hay que romper la coraza para que la vida surja; porque si no nace, se estanca, se queda muerta por dentro.

Ninguno de nosotros debe vivir tan sólo para sí mismo, porque nos realizamos abriéndonos para los demás.

La vida está constituida de este modo; y no hay nada que decir contra las obras del Señor.

Al encerrarnos, ¿qué sería de nosotros?

¿Acaso el pozo desea que no venga nadie ni tome el agua?

¿Y si el Señor es el Agua viva que pasa por nuestra tierra, para llegar a los demás?

Nuestra vida se transforma en una entrega cada vez más espiritual; y el matrimonio es la expresión más profunda de la vida, donde los dos no sólo entregan sus cuerpos y sus sentimientos, sino que ofrecen sus vidas.

El matrimonio puede llegar a ser una ofrenda.

Quien entrega su vida, da generosamente lo que tiene, aún, como sabe y puede hacerlo; pero no puede entregar lo que no tiene ni lo que no sabe hacer.

Sin embargo, está en una permanente inquietud; mientras la sed es muy grande, suple muchas cosas y, algún día, se plasma en sus verdaderos deseos.

La entrega está más allá de los sentimientos que maduran, y se transforman, al resurgir en el espíritu, hundiéndose en la vida.

Hasta una plena entrega no puede perder la identidad de la persona que se ofrece.

El pozo entrega el agua aún quedándose con ella, para que mañana siga con su entrega; es que se queda fresco, feliz; no se pierde con los que toman agua, ni se disuelve, sino que guarda su identidad para ser él mismo.

Y el día de mañana, el agua sigue siendo sabrosa.

Es importante saber que podemos dar de lo que tenemos y algún día, podemos dar más aún, pero sin desesperarnos, pues debemos ir venciendo los obstáculos que aparecen y traban a la entrega.

Debemos ser comprensivos con nosotros mismos, a la vez, atentos; es que no hay entrega totalmente plena, mientras vivimos en la tierra; siempre podemos crecer más aún.

La entrega genera entregas, y dando se recibe.

Jesús, para el matrimonio, es el signo máximo de la vida entregada hasta la muerte; tan sólo hay que verlo.

La entrega plena da la felicidad, la plenitud.

Los esposos que participan de la Eucaristía, se alimentan de la entrega de Jesús; y Él va entrando en sus vidas.

Su Vida continúa hasta que logren expresar una entrega plena, máxima para ellos.

b. A VIVIR AYUDANDO DE CORAZÓN

Aceptar ayuda no es sólo cuestión de buena voluntad, sino se precisa del clima de la paz, para que la persona se abra y reciba ayuda, vencéndose a sí misma.

Me acuerdo de alguien que quería ayudar a todo el mundo, pero actuaba como si no necesitase de nadie; y cuando se lo cuestionaron, él no entendía lo que le decían, ni lo que querían de él; porque uno puede encerrarse de tal modo,

que no sabe aceptar que le ayuden.

Justamente, los que no aceptan ayuda, son los que más la necesitan; no obstante, al encerrarse en sí mismos, no ven lo que necesitan, ni que alguien aún está para brindarles el apoyo. Cuando se dan cuenta de que no saben asumirlo, es un gran paso; pero no se pueden forzar los cambios, hay que esperarlos.

No siempre tenemos noción de cómo ayudar ni qué es lo que necesita el hermano; pero al estar atentos y dispuestos, somos mucho para él.

El amigo no necesita saber cómo ayudarnos, pero puede acompañarnos, y sentir entrañablemente lo que nos pasa. Con tan sólo vivenciar, está con nosotros, mientras que la palabra es como agregada; vale tanto cuanto sentimiento y cuanta comprensión contiene.

Al ver que alguien quiere ayudarnos, nos quedamos mejor; no estamos solos con la realidad, porque hay un hermano que nos acompaña en el dolor, en las culpas y los miedos; y cuando no llegan soluciones, él nos vigila; es un ángel.

Muchas veces, al querer resolver rápidamente el problema, nos herimos una vez más, porque todo tiene su tiempo y su propio camino; hay que tener mucha serenidad para poder aceptar que, por hoy, tan sólo podemos estar presentes; y aún, hay que ver el dolor que, por ahora, no lo podemos aliviar. La serenidad es el clima para que la ayuda sea real; pues en otro caso, atropellamos e inconscientemente, hasta dañamos sin querer hacerlo.

Las soluciones rápidas son del momento; pero mañana, se despierta un dolor aún más fuerte.

No podemos ilusionarnos con alguna clase de soluciones,

sino que hay que esperar; habrá un tiempo de la nueva luz, a la vez, de nuevas crisis y de nuevas fuerzas.

¡Cuánto cuesta comprender a la persona!

Y si no la comprendemos, ¿cómo ayudarla?

En fin, llegamos hasta el corazón, donde surge una nueva mirada; entonces, se abre el camino de unos cambios casi insospechables, pero éstos llevan su propio tiempo.

Cada día, el Señor inspira nuestro corazón; y nos ilumina para que nos brindemos a quien hallamos en el camino.

Es la ayuda como la del ángel que espera a que lo acepten, pero no fuerza ni se desespera, pues la ayuda es generosa y respeta libertades, aún aquellas que podrían ser fingidas o falsas, al estar envueltas en muchas esclavitudes.

Es cierto que la ayuda es tan importante como la libertad, pero no podríamos ayudar plenamente, si no aceptásemos recibirla; es que, dando aún se recibe con gratitud.

No es que, al devolvemos, nos condicionemos; sólo es que le hace bien al que lo recibe y al que se brinda.

Nos condicionan la ayuda y el amor con que la recibimos, porque aún no ha crecido el río de la vida, ni ha tomado su cauce, sino que apenas sale de su fuente.

Las ayudas van, otras vienen; y mientras estamos bien, no nos resistimos ante ellas, al contrario, las incluimos para poder crecer ayudándonos mutuamente.

El agua corre y no regresa; pero le sigue otra.

Lo que damos hoy, ya no vuelve, pero lo nuevo nos llena igual y aún más.

En fin, tu vida vale tanto cuanto puedes ayudar; es tanta vida, cuanta puedes transmitir.

Tu ayuda ya es como regar plantas, cuando prenden; pero mañana tomarán su fuerza, dándote alegría y sombra.

La sombra será buena para que descanses bien; para que te quedes insignificante y escondido.
Pero, ¿quién se da cuenta de que tú regaste plantas, cuando ellas ya son grandes?

No todos los que hacen alardes, ayudan; aún hay otros que son silenciosos. En una familia, algunos pregonan y otros se quedan escondidos; a veces, los sin palabra ayudan más aún, y se quedan en silencio; ¿quién lo ve?; pero si ellos lo ven, es porque el Señor les hace crecer de ese modo.

6. TANTA PACIENCIA

a. LA SABIDURÍA DE LA PAZ

Hablemos de la paciencia; a la vez, pensemos en la paz en medio de la sabiduría divina; es la paz que nos permite ver, la que nos da la nueva comprensión; la que buscamos, mientras caminamos por el mundo.

La paz da cierta comprensión más allá de lo que el hombre ve; es detenerse frente a la vida con otra visión.

Al mirar el pasado, nos permite verlo con la perspectiva que no es del juicio ni de la condena. Al ver los desvíos y derrumbes, al comprender el dolor, la culpa y el miedo, en cierto sentido, nos ayuda a recuperar una real película de lo que nos iba torciendo; si hoy la vida llega aquí, es para poder encontrarse.

Quién ve el porqué, no se extraña de que la realidad nos iba llevando de ese modo; y con frecuencia, aún agradece al Señor, porque las cosas no fueron más graves aún.

Mientras tanto, la paz nos detiene frente a la vida, con un gran respeto.

Lo importante de la paz, es que, con tan sólo tocar la vida, se abren los horizontes; y la misma visión sigue creciendo. Alguien, ante la paz, se abre para percibir la nueva visión, como un ciego que ya empieza a ver, y mañana verá aún mejor, y seguirá en medio de la comprensión de la vida.

En el principio, aquellos que desean cambiar la vida, se esfuerzan mucho, diría demasiado; de repente, tropiezan y se caen, no porque haya nuevos obstáculos, sino que no tienen fuerzas para caminar.

Ni siquiera saben hacer un paso, se cansan, se marean; aún no saben encontrar las fuerzas ni medir las distancias.

Si bien, hay que abandonar toda la actitud que desgasta y enferma, la vida está llena de la inquietud, no para buscar lo mejor sino para quedarse con la debilidad.

Es que las viejas inclinaciones son fuertes, aún conducen a la vida interior; parecen ser parte del espíritu de tal modo, que uno se pregunta si la vida no debe ser así.

La fuerza para luchar por lo nuevo, aún en medio de una realidad que nos preocupa, sigue abriéndose; a la vez, crece la comprensión, al intuir cómo superar las ataduras del pasado; pues aún estamos en medio de una esclavitud que no nos permite levantar el vuelo en medio del espíritu; si lo intentamos hacer, caemos en el primer charco, nos golpeamos; son esos golpes que no nos ayudan a luchar; entonces, ¿quién nos va a animar, si no es aquél que nos comprende?

Vencer el pasado no es tan sólo desatar los nudos que han marcado su huella, ni mucho menos, borrar el tiempo que parece perdido; pues, son años de caminar desgastándose. Hay que ver ese tiempo, y saber que quien lo vivió, quiso dar más de lo que podía; ver el esfuerzo, el cansancio, la angustia que sigue flotando, y flotará por mucho tiempo; y por eso nos confunde.

Si bien, en el principio, la decisión ya tiene importancia, hay que estar muy atento a lo que pasa por dentro, lo que confunde y llena de miedo, de tristezas y de dudas; aún se necesita mucha comprensión.

¿Quién la va a dar?; pues uno solo difícilmente sale; si es que cada uno debe adquirir su visión de la vida, el tiempo es difícil, y la comprensión viene en la medida en que nos comprendan bien; no se adelanta en demasía.

Muchas vivencias se pueden renovar, aún hallar y crecer.

Con frecuencia, si hablamos del amor que ha fracasado, no creemos que vuelva a su lugar, pues, nos condicionamos por las experiencias de vida y de sufrimientos. Pero si uno descubriese la comprensión y se reconciliase, su realidad volvería a recuperarse, aún crecería y maduraría.
¿Quién lo cree?; entonces, ¿cómo podemos llegar?

En el caso del matrimonio, los esposos deben alimentar la fe en sí mismos, y darse su tiempo; porque las vivencias son profundas y hay otras, que están en los dos.
El miedo y la culpa no pueden engeguercer el camino del crecimiento que suele costar mucho, si lleva lejos; pero al guardar el deseo de amar a la persona como es, algún día, vencemos los obstáculos y logramos un buen fin, mientras el tiempo suele ser largo y se hace esperar.

b. AL VOLVER A LA FUENTE

He aprendido mucho de la vida de las plantas casi tiradas al suelo, desgastadas por los vientos y lluvias.
Aún miré un árbol roto en sus raíces; y ése se olvidó de su desgracia, para poder iniciarse con un nuevo brote, muy pequeño, dedicándole sus fuerzas.
A la naturaleza no le gusta distraerse; más bien, atiende su crecimiento; aún debe liberarse de la enfermedad; si no se sanan el tronco y la raíz, no puede sobrevivir.

En fin, hay que hallar la verdadera fuerza de la vida.
Pero, ¿dónde está, si las raíces se enferman?
¿Y quién va a sanarlas, si el Señor parece estar lejos?
Llega el momento, cuando nace la necesidad de buscar al Señor para que sane la raíz, cure la herida; y nos quite los miedos y culpas; a la vez, se despierta la búsqueda que insiste, a veces, casi enfermiza; entonces, la inquietud es una gracia.

La inquietud por lo espiritual se despierta, y debe enfrentar los obstáculos; al ser muy honda, las dificultades parecen aún más complejas.

No se trata de cierta inquietud que sería como un calmante contra el dolor de cabeza, que sólo ayuda por un tiempo, sino se quiere llegar a la profundidad de nuestro ser, a las raíces de la existencia; es una gracia que tendría su propio desarrollo, según el destino de nuestra vida.

La inquietud espiritual en la familia se expande, a veces, sin darnos cuenta. Si decimos que alguien no responde a las vivencias del hogar, es porque no da la respuesta como quisiésemos verla, pero lo hace a su modo, y lo vive en su interior. Esa inquietud presente al Señor en lo más hondo de nuestro ser y luego, hay que esperar a que su Presencia nos lleve a las transformaciones.

Cuando hablo de la presencia del Señor que transforma la vida y la actitud, debo creer que la realidad podría llegar a ser diferente: una nueva vida, una nueva comprensión y un gran amor; pero no busquemos la plena comprensión antes de ver los cambios; cuando logramos a mirar la vida de un modo distinto, es porque compartimos nuevas vivencias; y por hoy, por lo menos, lo deseamos de corazón, para poder ayudar a abrirnos nuevos caminos.

La oración compartida en la familia, es como el agua para los caminantes; y cada tanto, aún se detienen para tomarla de los odres que están llenos de agua fresca.

La bebemos, y la necesitamos aún más; es para nosotros, cada vez más fresca y más saludable.

No hay quien se niegue a tomarla, si la descubre.

El agua fresca entra en las arterias de la vida y luego, llega a cada rincón de la realidad; así el Señor va renovándonos

en la profundidad de nuestro espíritu.
Quien ora lo presente; y mañana lo sentirá más aún.
A las vivencias de la familia hay que orarlas, para que el
Señor llene la vida con su agua fresca.

Y la Biblia, una carta abierta del Señor para la vida, con la
vela encendida en la mesa, que vaya anunciando un nuevo
tiempo del Señor en la familia, pues Él ilumina los pasos
por hacer, a cada instante.

El Señor ha descendido con su Palabra, y su luz ilumina
nuestros pasos; que así sea por siempre en nuestra familia,
hogar del Señor.

Leo tu Palabra, Señor, presiento tus pasos en el hogar.
No tengo miedo por el día de hoy; y mañana será un nuevo
día, volverá la luz.
Te esperamos, Señor; pues siempre hay un lugar para ti en
nuestra casa, donde te acogemos con gozo.

Aún, debo decir que hagamos un altar para ti, Señor, en el
hogar donde, luego de un largo tiempo, deseamos tenerte
por siempre.
Se alegran nuestros espíritus en tu Presencia; nuestra casa
es tu casa, tu Lugar es sagrado para nosotros; aquí será tu
Templo y tu Altar.

7. TU TERNURA

a. LA DE JESÚS

Hace tiempo que contemplo la ternura de Jesús.
Deseo verla y sentirla cómo es; aún presentir cómo llega la Buena Nueva a nuestra gente.
Me cuesta ver y comprender a Jesús; es que su Imagen se confunde con la realidad; la vida se hace como el filtro y da cierta tinta a su Imagen que es pura; por eso, no parece tan pura y a pesar de todo, Él llega.

Nos llega la Imagen de Jesús, mientras hay realidades que Él debe vencer en las vidas.
Al enfrentarlas, supera los proyectos humanos, en medio de nuestros prejuicios, miedos y culpas.
En fin, la ternura de Jesús envuelve a toda la vida y la va transformando en el tiempo del Señor.

¿Por qué me cuesta ver y sentir la ternura de Jesús?
Porque mi vida se hace un obstáculo; aún hay cierto miedo que me frena, me desvía de mi corazón.
Pero la vida, por distintos motivos, es ésta, no es otra.
Recuperar la sensibilidad ante la ternura del Señor, es un paso, para poder vivir los cambios interiores.

La ternura de Jesús llega por medio de los hombres plenos de su vida, de su paz y su ternura.
Él llega en recipientes que no son perfectos, pero llevan la grandeza del Señor; sensiblemente llega y, de ese modo, podemos recibirlo o presentimos su venida.

Y las exigencias del Evangelio, cuando toda la vida surge del corazón, casi no lo son; es que la ternura de Jesús nos envuelve, en medio de un compromiso aún más grande.
Sus exigencias son posibles en medio de un nuevo clima;

y hay que presentir ese clima para tomarlas en serio; si no lo vivenciamos, nos quedamos como quien sólo cumple, pero la felicidad no es para él.

Si los seguidores de Jesús no hallan la ternura del Señor en sus vidas, no llegan a la profundidad de la Buena Noticia; pues la Buena Nueva no será ni tan buena ni tan nueva, y menos aún, una levadura que transforma.

Hablamos también, de la familia cristiana que se alimenta en el amor del Señor; de este modo, se deja impregnar con la gracia que le llega por medio de Jesús, para transformar a toda su vida y su misión.

El mensaje de Jesús "ámense como yo os he amado", debe llegar a las familias; si bien, Jesús lo dijo a los discípulos que iban a salir por el mundo, ellos llevaban el mandato para las comunidades y familias que debían transformarse en ambientes del amor.

Pues, el Señor promueve una nueva vida que, al principio, no se expresa tanto exteriormente, sino más bien nace en el interior, mientras cambia el corazón.

Los cultos que aún impactan en nuestros tiempos, son del Sagrado Corazón y de la Divina Misericordia; el segundo sería como profundizar el primero, y los dos quieren llegar con el amor y la ternura del Señor, en la persona de Jesús; los dos aportan para la realidad, donde dominan la justicia del hombre y la dureza de su corazón.

No estaría mal, tener presente la Imagen de Jesús que ama, con un Corazón que se abre con la Luz de sus entrañas; de esta manera, Jesús entra y transforma a la familia.

Mientras escribo las reflexiones, me detengo delante de la Imagen del Corazón de Jesús. Recuerdo los tiempos de las liturgias y cuántas fuerzas percibimos de Él, si queremos

encontrarlas. No obstante, es difícil hablarnos de la ternura del Señor, antes de que se recuperen nuestros corazones. Entonces, ¿cómo es mi corazón?
Y aún, ¿cuánto tiempo le llevará a Jesús para sanarlo?

Si los hombres llegasen a conocer el amor del Señor, que Él tiene por nosotros, el mundo sería distinto.
Si pudiesen aceptar una pequeña parte del amor de Jesús, sus vidas ya estarían renovadas; no obstante, no lo ven ni lo buscan, ni lo presienten para ser pacientes y esperarlo.
Pues, tan sólo el Amor del Señor nos salva.

b. ÉL TRASFORMA EL AMOR

Me pregunto: ¿cómo reacciona la gente frente a Jesús?
Hay quienes se escandalizan; es que su enseñanza es muy diferente de lo suelen enseñar otros maestros.
Él dice pocas palabras sobre el amor, la paz, el perdón y la reconciliación; cosas sencillas, para algunos casi nada, en un lenguaje que casi aburre.
Muchos de aquellos que lo escuchan, aún no ven cosas de importancia, mientras habla de la ternura del Padre, y del Espíritu que sopla donde quiere; quizás entienden que, al escucharlo, sería perder el tiempo.
Otros vienen para ver a Jesús, porque la gente se reúne; y deben ponerse atentos, actuar contra Él, si es que toman ciertas decisiones.

¿Quién otro podría ser, que no viniese sólo para censurar a Jesús? Son aquellos que, si vienen, dan argumentos para que otros cuestionen a Jesús: es la gente de vidas rotas, de sentimientos quebrados.
No sé si hallan lo que buscan, ni sé si comprenden a Jesús, pero hay diálogos y acercamientos.
Jesús habla, ellos lo entienden a su manera, quizás, sin ver los cambios; pero igual hay acercamientos y la gente sigue

a Jesús, por lo menos, por un tiempo.

Hablo de aquellos con sentimientos enfermos, que no ven ninguna cosa nueva; debo decir que ellos, en medio de los conflictos, aún sufren; entonces, el amor y la ternura se transforman en odios y otros sentimientos bajos.

Pero si la vida se halla, los sentimientos se recomponen; en ese caso, podemos intuir la gran obra de Jesús cuando acompaña a muchos, con el poder del Señor que sana los sentimientos y los transforma.

Jesús se preocupa principalmente, por el espíritu, es donde genera los cambios; y sana las vivencias que expresan toda la vida del alma, pues cuando el interior ya está en paz, la vida se proyecta calma, tierna y pura, abierta para el bien. Entonces, el espíritu recupera la plena seguridad y le llega la ternura, como el fuego y el viento que lo abrasan; no obstante, hay un camino para recorrer, con el Fuego y el Viento del Señor.

Jesús es puro en sus sentimientos que abren a los cambios; no significa que aquellos que se le acercan, no sufren ni se confunden delante de Él; y Él comprende las confusiones, quizás las acepta, como lo hace la persona serena, cuando otros viven sus guerras y algunos se retiran.

Unos se desesperan, y otros lo escuchan y confían en Él; pues ese tiempo habrá de pasar.

Llega la hora, la vida se pone en su lugar; aún comprende el pasado, lo duro que fue, pues la gracia del Señor es más que la vida con sus conflictos.

Cuánta paciencia de parte de Jesús, y cuánta comprensión cuando lo juzgan y le dicen cualquier cosa; pero el tiempo conduce para el bien.

Entonces, ¿cómo hablamos de Jesús?

Me detengo para reflexionar sobre Él, para ver cuánta obra le espera y cómo habría que ser cauteloso y aún respetuoso ante los sentimientos. Pues, si somos pacientes y de buena voluntad, aún seguiremos creciendo; pero hay que buscar a Jesús en el corazón, donde algún día lo encontraremos.

Es tan importante ver al Señor en el amor de la familia, pues este modo de sentirlo, va a ir transformando la vida y los sentimientos, en el tiempo del Señor.

La presencia de Jesús ya es como el Fuego prendido en las vidas, que aún puede crecer, y transforma lo que encuentra en el camino.

Los sentimientos negativos son como una expresión del desorden interior; y cuando se calma la vida, se ordenan los mismos y se transforman en sanos y nobles.

Pero, ¿quién los espera sanos, antes de que llegue a ver el cambio?; y si alguien se le dijese, ¿lo comprendería?

La ternura despierta el clima de la confianza en un cambio que sería posible, acepta los pasos por hacer, para llegar a un buen fin. Aún, en medio de la confusión, el Señor obra en la vida, hasta que se transforme según su plenitud.

Tu ternura, Señor, pasa por las vidas.

Aún, sanas los corazones, los abres; es tu Amor que nos abre hacia nosotros y a nuestros hijos.

Envuélvenos, Señor, con tu ternura; y no pido otra cosa, porque lo demás vendrá.

LA NAVIDAD

Me guardo lo Sagrado del Señor; ¿con quién compartir lo que Él siembra en cada ser que lo espera?

Mi corazón se abre frente a lo infinito, lo que una vez más, el Señor deposita en mí; y mi vida es para Él.

Muchas veces, luché para que Él viniese; hoy, Él mismo abre la puerta de mi corazón.

Te busqué desesperado; hoy inclino mi cabeza frente a ti, Señor; y entras en mi vida, ojalá para siempre.

Tú, Jesús, eres la Presencia pura del Señor, mientras llegas al mundo; pero entras casi a escondidas, a pesar de que tus enviados te anuncian por todas partes.

¿Y en mi vida, no fue igual?; Te había buscado por mucho tiempo, no obstante, entraste cuando no te esperaba.

Eres grande, superas lo que he pensado de ti; hoy, adoro tu omnipotente Presencia, en mi corazón muy pobre.

Han hablado mucho de la venida del Señor al mundo.

Mientras los hombres la proyectan, llegas de noche, casi antes del tiempo; y debes esconderte.

Mi vida es misteriosa; te sigo buscando y, a la vez, voy cerrando las puertas; Tú estás a la puerta golpeándola y yo, como distraído, ni siquiera pienso en abrirte.

¿Y después?; me quedo con pena, porque pasaste.

Sin embargo, no pasas; te escondes en mi corazón antes del tiempo; y me sorprendes sin reproches ni palabras.

La Presencia pura del Señor aún se queda en medio de mi pobreza que también es tuya, Señor; es que nada es mío.

Vienes a tu propiedad que te desconoce; y si te persigue, te escondes; ya permaneces en mí, creo que, para siempre, mi bendito Jesús.

Tan sólo la Presencia pura del Señor renueva la vida.

El hombre busca tu Presencia en los caminos que recorre,
pero la confunde con las vivencias del mundo.
Entonces, se proyectan cosas que no son del Señor.
El mundo te espera, según su creencia que transmite con la
voz del mundo; tú entras y nos sorprendes una vez más.
Cuando tu Presencia transforme mi vida, te anunciaré; así
como tú quieres, no como el mundo.

El mundo te busca, y te compara con Juan, con Elías; y si
habla de tu Venida, es como la de los que te preceden; y
para muchos, pareces a los que habían venido; entonces,
ya no dan importancia a ti, Jesús; como si fueses uno más,
entre tantos que actúan en el Nombre del Señor; y por hoy,
debe ser así, para que tu Imagen crezca.

Algunos hablan del futuro porque tú, Señor, los inspiras; y
no hablan en vano ni sólo por decir; ellos anuncian a un
Jesús grande, ven en Él, la Humanidad Nueva.
Habrá una nueva Luz en la hora del mundo; es Jesús quien
iluminará a todos; será la Hora del Señor que viene luego
de las confusiones que la humanidad pasa.

Los nuevos cristianos anunciarán a Jesús al mundo entero;
la Humanidad los escuchará; Él será la Luz para todos; y
luego de los tiempos de un Jesús olvidado en medio de las
creencias, será un nuevo amanecer; entonces, ya no habrá
más duda de quién es Él; Jesús será grande.

Veo la Montaña en nuevas Tierras; se trasladó del Oriente,
en esos tiempos que llegan.
Aún veo a los mensajeros de la paz, que van bajando con
un nuevo anuncio; y vienen aquí, de todas partes,
Nadie puede estar ausente en el Día del Señor.
El mundo se arrodilla en silencio.

Navidad, 1993

Prefacio	3
1. Cuando comienza el diálogo	5
a. ¿quién sabe empezar?	5
b. al buscar el porqué	7
2. Los dos tendrán buena voluntad	11
a. a vencer la culpa	11
b. al ver su propia crisis	13
3. Hay que comprender todo	17
a. al hablar de lo que duele	17
b. esperando la comprensión	20
4. Hay cosas que quedan sólo para aceptarlas	23
a. aceptándose mutuamente	23
b. al abrirse al amor	25
5. Es ayudar y aceptar ayuda	29
a. hacia la entrega	29
b. a vivir ayudando de corazón	31
6. Tanta paciencia	35
a. la sabiduría de la paz	35
b. al volver a la fuente	37
7. Tu ternura	41
a. la de Jesús	41
b. Él transforma el amor	43
La Navidad	47